

Carta de Paraguay. Asunción a la vista

May Lorenzo Alcalá

Hacía algo menos de diez años que no viajaba a Asunción y, nuevamente, debía hacerlo por razones de trabajo; a pesar de ello, me propuse aprovechar la oportunidad, quedándome un día más después de cumplir con el objetivo laboral: quería conocer una iglesia de la que me habían hablado mucho, Nuestra Señora de Yaguarón, en la localidad del mismo nombre, a unos sesenta kilómetros de la capital guaraní.

Con ese objetivo, contratamos un taxi por el día, con el que haríamos un casi involuntario trayecto por la historia del Paraguay, articulada por algunos edificios públicos sin aparente conexión entre sí.

Para tomar la ruta, bordeamos los suburbios de la ciudad e inocentemente pasamos por el centro comercial de moda, que podría representar un futuro macabro si creyéramos en premoniciones dantescas: sólo cuatro días después, en ese lugar ocurriría el voraz incendio que cobró tantas vidas por la inescrupulosa avaricia de sus dueños, que cerraron las puertas creyendo que la explosión era un robo. Aunque lo descalificamos como símbolo del porvenir paraguayo porque su presente nos hace ser muy optimistas al respecto, la catástrofe de referencia, por sus similitudes (puertas cerradas por los dueños para que los asistentes no se escapen sin pagar) con el caso *República de Cromañón*, ocurrido meses después en Buenos Aires, da un escalofriante alegato del ilimitado horizonte de la codicia.

Por suerte para nosotros, ignorantes de ese futuro inmediato, seguimos hasta Yaguarón por una carretera de doble mano, pero en bastante buen estado. El viaje se hace más lento debido a que, como los viejos caminos vecinales, esta ruta atraviesa una zona semiurbana, casi podríamos decir el gran Asunción.

La iglesia está enclavada en medio de una gran extensión de parque y el camino de acceso a su puerta principal, bordeado de enormes palmeras imperiales. Pero, pese a este majestuoso recibimiento, el visitante difícilmente puede imaginar la magnificencia de las estancias interiores. Nuestra Señora de Yaguarón es uno de los pocos ejem-

plos en el cono sur del barroco franciscano – recuérdese la predominancia jesuítica en la zona que expresa la dualidad típica del estilo: exteriores casi ascéticos para mostrar al mundo, entrañas lujosísimas para honrar a Dios.

Este barroco, aunque abunde en recubrimientos de oro y en imágenes policromadas de extraño dramatismo, tiene marcadas diferencias con el barroco brasileño, especialmente el minero (Ouro Preto, Mariana, Congonhas do Campo, Tiradentes, etc.) debido al aporte africano que éste recibió. Si los indios guaraníes seguían rigurosamente los modelos que los sacerdotes españoles les proponían, a partir del descubrimiento de minas de metales y piedras preciosas en la zona central brasileña, el barroco portugués que había ingresado por Salvador de Bahía, se internalizó nacionalizándose; ello se debió fundamentalmente a la presencia de artistas y artesanos libertos, como el magnífico Alejaidinho, que aportaron exuberancia y hasta humor a sus creaciones, fuera del control de mentores portugueses.

Esas huellas autóctonas tan visibles e identificables (como querubines guiñando los ojos, en São João del Rei, sur del Estado de Minas) no se manifiestan en Yaguarón, aunque sí un casi imperceptible aire de modestia en medio de tanta riqueza. Esta iglesia no tiene muchos visitantes, más allá de los feligreses que asisten al culto, lo que la hace todavía más encantadora y muestra expresiva del Paraguay del siglo XVIII, rico, con una minoría culta y esclarecida, que se frustró en los siglos XIX y XX con dos cruentas guerras fratricidas: la de la Triple Alianza y la del Chaco Paraguayo, en las que el país perdió la casi totalidad de la población masculina en edad de procrear.

Esa espantosa sangría poblacional motivó, no sólo la institucionalización de la casa de la residenta –segunda familia aceptada por la legítima, casi como un imperativo de las circunstancias–, sino el atraso cultural y político de la sociedad en su conjunto, que se prolongó por casi la totalidad del siglo XX.

Ya de vuelta a la ciudad, entramos por la Avenida Mariscal López, la más rica y elegante de Asunción, para detenernos en el palacete conocido como Villa Rosalba que estaba, en ese momento, sumergido en un febril proceso de restauración. Pocos días después sería inaugurado allí el Tribunal Arbitral del Mercosur, primer organismo judicial de la integración regional.

El edificio de dos plantas, del típico diseño ecléctico pero afrancesado –del que pueden verse muchos en Buenos Aires–, fue construido para residencia de la familia Pérez Ferraro por un arquitecto danés e inaugurado en 1919. El nombre de Doña Rosalba lo lleva en homenaje a su

primera dueña, Rosalba Ferraro, hija de un rico inmigrante italiano y casada con un ilustre político paraguayo, el doctor José Remigio Pérez.

Sin embargo, no siempre fue habitada por sus dueños, quienes la alquilaron, primero, como local de venta de tejidos finos importados de Europa y, entre 1935 y 1938, para que funcionara allí el Hotel Rasmussen. El 16 de marzo de 1943, Doña Rosalba, ya viuda de Pérez, la vendió al entonces Ministerio de Guerra y Marina, junto a otras dos fincas linderas: DR y Berthe Cue.

Durante el gobierno de Stroessner fue sede del Comando en Jefe del Estado Mayor, cediendo luego las instalaciones al Tribunal de Justicia Militar. Parece significativo que, después de haber sido el ámbito en que se administraba la dudosa justicia del dictador, hoy albergue al tribunal del organismo de integración regional que, más allá de la clausula democrática –que prevé la separación automática de cualquier miembro que interrumpa su proceso constitucional– ha sido, en los últimos años, un elemento preponderante en la estabilidad institucional y progreso económico de Paraguay.

Ubicado en el centro del Mercosur y de la Cuenca del Plata, Paraguay es sede muy frecuente de encuentros internacionales y reuniones empresariales; ello ha generado la demanda de servicios de alto nivel –hoteleros, gastronómicos–, que permiten el desarrollo de negocios pero también la utilización de elementos de la cocina local, como el surubí o la mandioca, en platos de sofisticada elaboración.

Y el ejemplo de esta actitud presente, que impulsa a Paraguay hacia una vida institucional y económica de mejor calidad, es la llamada Manzana de la Rivera –restaurada y reciclada con la Cooperación Española–, ubicada en el centro antiguo de la ciudad, a pocos pasos de Palacio Presidencial, donde terminó nuestro recorrido.

Se trata de una manzana irregular, casi triangular, la única que conservaba en su totalidad viejas casas coloniales. Hoy es un espacio público, los patios unidos a modo de plaza seca irregular, que conecta centros culturales, de capacitación, biblioteca, galerías de arte. El pasado que sirve para construir el futuro.



Evening wrap of velvet trimmed with silver-brocaded silk [No. 139, 1914]